

# Rubén Darío

## a los cincuenta años de su muerte

Escribe: OSCAR ECHEVERRI MEJIA

— I —

Tan importantes son para una lengua o una cultura sus sostenedores, aquellos que velan por su tradición y su pureza, como sus innovadores; bien que estos últimos son mucho más escasos, y al propio tiempo tienen una suerte más adversa que los primeros. En verdad, los revolucionarios y renovadores solo se presentan muy de tiempo en tiempo; su lucha, por otra parte, es dura, pues la tradición es una mole difícil de remover. Pero, ¿qué sería de los pueblos sin esos mesías —con vocación de mártires— que se inmolan, y a veces sacrifican su fama o su gloria temporal por la comunidad o por la lengua? Esos iluminados saben de antemano su terrible lucha, y, al propio tiempo, la razón ulterior, que los asiste; están seguros de que algún día las generaciones venideras reconocerán la verdad de sus palabras y alabarán sus méritos y la razón de sus novísimas tesis.

Aun cuando Rubén Darío alcanzó a gozar en vida de su fama y de su triunfo, no por ello dejó de tener detractores, y su brega por imponer rumbos nuevos a la literatura castellana —en especial a la poesía— fue prolongada y dura. He recordado al genial americano en estos días, pues el 6 de febrero del presente se cumplieron 49 años de su muerte, y quien fuera nuestro cónsul en Buenos Aires pasó inadvertido en dicha fecha. Quiero reparar, en parte, este injustificable olvido hacia quien dio a la lengua castellana uno de sus más extraordinarios cambios de rumbo y enriqueció la poesía con giros, términos y técnicas desconocidos u olvidados.

Rubén Darío nació el 18 de enero de 1867, en una pequeñísima aldea indígena (Chocoyo), que más tarde se llamó Metapa, Nicaragua. Sus padres fueron Manuel García y Rosa Sarmiento; su verdadero nombre era Félix Rubén; en su juventud viajó por Centroamérica y Chile, y en la patria de O'Higgins publicó su famoso *Azul*. Más tarde apareció en Buenos Aires *Prosas profanas*, que tanto entusiasmó a José Enrique Rodó. La casa Maucci, de Barcelona, editó *Los raros*, y luego *Cantos de vida y esperanza*, libros que afirmaron la fama de Darío. La muerte lo sorprendió en León, —de nuevo en su patria— cuando apenas había cumplido los 49 años.

Darío publicó, además, *Primeras notas, epístolas y poemas* (1885); *Abrojos* (1887); *Rimas* (1888); *España contemporánea y peregrinaciones* (1901); *La caravana pasa* (1903); *Tierras solares* (1904); *Todo al vuelo* (1909), su *Autobiografía* (1912); *Emelina y Mallorca*, novelas (1914).

— II —

En España tuvo mucha oposición Rubén Darío, en sus principios, más por un mal entendido nacionalismo que por falta de fe en sus méritos; claro está que algunos no creyeron en Darío sinceramente, y otros —los menos— vieron en el nicaragüense a un enemigo mortal para su fama y su prestigio. Escritores tan insignes como Pedro Salinas, en su *Literatura española del siglo XX* (1941, y Guillermo Díaz-Plaja en su *Poesía lírica española* (1947), han querido anteponer al “modernismo” de Rubén Darío, el movimiento llamado “generación del 98”. Cuando en realidad de verdad, el incontenible viento renovador, el especial estilo mesiánico del centroamericano llegaron a influir definitivamente a casi toda esta generación, hasta el punto que se la incorporó a su corriente; esto último antes que un desmedro para los “escritores del 98”, es una prueba más de su inteligencia y de su enorme visión, pues llegaron a comprender —más tarde o más temprano— el inmenso valor y la significación inmortal de la voz de Darío. Al respecto dice Pedro Salinas:

“Rubén Darío, en varios pasajes de sus obras, se jacta —no sin razón— de su influencia en el nuevo rumbo que tomaron las letras españolas. En efecto, ¿por qué no habían de aceptar los hombres del 98 el nuevo idioma poético, el modernismo, como lenguaje oficial de la nueva generación? Al fin y al cabo convenía con su íntimo norte, tenía algo de revolucionario y de renovador, era lo mismo que ellos querían hacer, solo que en un horizonte mucho más amplio: una revolución renovadora”.

A pesar del tono un poco sofisticado de estas palabras, Salinas no puede dejar de reconocer que Rubén Darío trazó rumbos y normas a “los hombres del 98”, así trate de atenuar un poco la “originalidad” del nicaragüense al decir que “era lo mismo que estos querían”.

Contrasta el reato de Salinas —y el de algunos otros españoles— para reconocer plenamente la influencia de Darío en la España de su tiempo, con estas palabras de don Miguel de Unamuno en su artículo *¡Hay que ser bueno y justo, Rubén!*: “Nadie como él nos tocó en ciertas fibras; nadie como él sutilizó nuestra comprensión poética. Su canto fue como el de la alondra; nos obligó a mirar a un cielo más ancho, por encima de las tapias del jardín patrio en que cantaban, en la enramada, los ruiseñores indígenas. Su canto nos fue un nuevo horizonte; pero no un horizonte para la vista, sino para el oído. Fue como si oyésemos voces misteriosas que venían de más allá de donde a nuestros ojos se juntan el cielo con la tierra, de lo perdido tras la última lontananza. Y yo, oyendo aquel canto, me callé. Y me callé porque tenía que cantar, es decir, que gritar acaso, mis propias congojas, y gritarlas como bajo tierra, en soterrano. Y para mejor ensayarme, me soterré donde no oyera a los demás”. Y en otro apar-

te exclama: “¿Por qué, en vida tuya, amigo, me callé tanto?”. “¿Qué sé yo!... ¿Qué sé yo!... Es decir, no quiero saberlo. No quiero penetrar en ciertos tristes rincones de nuestro espíritu”.

Estas palabras de Unamuno son sintomáticas del estado de ánimo de la mayoría de los escritores de la Península, ante el alud renovador y desconcertante del verbo rubendariano; pocos como don Miguel tuvieron la valentía (aunque un poco tardía) de reconocer que Darío los encandiló y los sedujo al mismo tiempo, y de confesar igualmente que el centroamericano los podría eclipsar; egoísmo muy humano, pero no por ello menos reprochable: por otra parte, este sentimiento de envidia y rechazo solo se presentó en vida de Darío, y no es privativo de España, y mucho menos tratándose de esa “cofradía” temible, que se llama intelectualidad.

Por otra parte, Azorín fue un admirador de Rubén Darío, como consta en su obra *Los clásicos redivivos, los clásicos futuros*, en la cual proclama sin reatos que este fue un renovador de la literatura española y rechaza la afirmación según la cual la influencia de Rubén se reduce a lo retórico; Azorín afirma que el autor de *Azul* renueva la sensibilidad, la manera de contemplar y apreciar las cosas, y agrega: “Así como antes gravitaba el punto de vista estético sobre lo externo, ahora gravita sobre la intimidad”.

De todos es conocida la influencia de Darío sobre Manuel y Antonio Machado, y la admiración de estos hacia el nicaragüense. En 1904 le dedica Antonio estos versos:

*“Este noble poeta, que ha escuchado  
los ecos de la tarde y los violines  
del otoño en Verlaine, y que ha cortado  
las rosas de Ronsard en los jardines  
de Francia, hoy, peregrino  
de un Ultramar de Sol, nos trae el oro  
de su verbo divino.  
¡Salterios del loor vibran en coro!  
La nave bien guarnida,  
con fuerte casco y acerada prora,  
de viento y luz la blanca vela henchida  
surca, pronta a arribar, la mar sonora.  
—Y yo le grito: ¡Salve!, a la bandera  
flamígera que tiene  
esta hermosa galera,  
que de una nueva España a España viene”.*

Versos en los que palpita el espíritu de Darío y nos recuerdan su técnica y su música, hasta el punto que, desconociendo su autor, creeríamos que estas estrofas son suyas.

También Juan Ramón Jiménez, Francisco Villaespesa y Ramiro Maeztu sintieron el llamado poderoso del verbo de Rubén. Además, este tuvo un ímpetu de universalidad de que carecieron sus contemporáneos; empleó en sus poemas elementos de la historia, la mitología y hasta la geo-

grafía universal, con la mira de hacer estremecer con su voz a todo el mundo; enalteció la lengua que los españoles nos legaron y la devolvió a la Madre Patria con aristas y brillo nuevos: aportación de Hispanoamérica al idioma común, retribución de estos países indoamericanos a la Península. Con todo, Darío era también criollo americano: amaba nuestra tierra morena, misteriosa y semivirgen; la cantó como ninguno, hasta llegar a ese canto arisco y altivo *A Roosevelt*, en el que se encara a los Estados Unidos y les dice:

*“Mas la América nuestra, que tenía poetas  
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó los astros, que conoció la Atlántida  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
la América del grande Moctezuma, del Inca,  
la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América Católica, la América española,  
la América en que dijo el noble Guatemoc:  
“Yo no estoy en un lecho de rosas”; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de Amor;  
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.  
Y sueña. Y ama y vibra, y es la hija del Sol.  
Tened cuidado: ¡Vive la América española!,  
hay mil cachorros sueltos del León Español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser cual Dios mismo,  
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
para poder tenernos en vuestras férreas garras.  
Y, pues contais con todo, falta una cosa: ¡Dios!...”*

En su constante preocupación por el predominio de otros mundos y otras lenguas, exclamó otra vez:

*“—¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?  
—¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?  
—¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?  
—¿Callaremos ahora para llorar después?”*

### — III —

Rubén Darío llegó por primera vez a España en 1892; con sus 25 años, llegaba un poco deslumbrado por Manuel Reina, Núñez de Arce, Zorrilla, Campoamor y Bécquer; conoce a don Juan Valera, quien fue el primero en adivinar —a través de *Azul*— el genio del nicaragüense; se relaciona íntimamente con Salvador Rueda, su introductor en el mundo literario de Madrid, a quien desplaza rápidamente en la admiración general como poeta; este hecho da lugar, más tarde, a un resentimiento de parte de Rueda, hacia Rubén.

“La fama de Rubén creció tanto en pocos años, que cuando —en 1899— llega a España por segunda vez, la mejor juventud poética de entonces —Juan Ramón Jiménez, los hermanos Machado, Francisco Villaespesa— le reconoce como su maestro, como el paladín indiscutible de la nueva poesía, el inventor de una nueva lírica”, dice José Luis Cano en su artículo *Rubén Darío y Andalucía*, aparecido en *Revista Shell*, de Venezuela, de septiembre de 1955. Y cita esta misiva de Juan Ramón para el centroamericano:

“Querido Maestro: He recibido su tarjeta, fechada en Málaga, y crea que siento hondamente no estar con usted a orillas de ese mar de mi tierra; sobre todo no estar con usted, porque el mar espera siempre. —¿Qué versos ha hecho usted en Málaga? Supongo que el Mediterráneo no dejará de poner su azul en muchas rimas de usted”.

A su vez, Darío decía de Juan Ramón: “Dede Bécquer no se ha escuchado en este ambiente de la Península un son de arpa, un eco de mandolina, más personal, más individual; la poesía de Juan Ramón Jiménez sabe expresar la recóndita nostalgia, la melancolía incurable de la más honda Andalucía”. Estas palabras, de 1904, denotan en Darío un perspicaz sentido crítico, al descubrir en el poeta de 23 años que era el autor de *Platero y yo*, al gran lírico que luego llegaría a ser.

#### — IV —

Rubén Darío pasó su infancia en León de Nicaragua; lo amparaba el cristiano techo de la casa de doña Bernarda Sarmiento de Ramírez, su tía abuela. Sus primeros guías fueron los jesuitas, quienes en dicha ciudad habían creado una Congregación Mariana, de la cual Rubén era miembro. Imbuído de las ideas liberales, tan en boga en aquella época, el nicaragüense tenía su espíritu abierto a toda manifestación artística, y fue así como se fue saturando de los clásicos castellanos y de los “simbolistas” franceses, en especial de Verlaine. Por aquella época don Juan Valera —uno de los primeros “descubridores” de Darío— leyó su *Azul* y se maravilló con él. A propósito de este libro, dice el académico y compatriota del poeta, Julio Icaza Tigerino: “...la palabra poética de *Azul*, aun la que hemos señalado como de más auténtico sentido lírico, no acaba de ser la palabra propia del poeta. Los ojos recorren la escala de estos versos sin que ninguno de ellos les haga detener a desentrañar un hondo significado, un misterioso signo o un vital sentido humano”.

Nuestro liróforo —para usar un vocablo reacuñado por él— que empezó siendo “particularista”, pasó luego a ser universalista. Pero no se detuvo ahí: como afirma Eduardo Zepeda-Henríquez (*Cuadernos Americanos*, de Madrid, diciembre de 1955), “Darío no pudo seguir escribiendo con plumas arrancadas de los pavos reales versallescos o del águila de Júpiter”. Y más adelante afirma el mismo escritor que “Rubén Darío vibró al impulso de su genio hacia la búsqueda de lo propio, de lo genuinamente suyo como nuestro: la fuerza oculta de la religión que ardía en su espíritu; el secreto de la lengua en que cantaba; el silencioso llamado de la historia que lo ennoblecía; la tradición de su cultura, la tradición hispánica que le llevó al futuro”.

Darío no fue solamente el poeta galante y a veces un poco escéptico o frívolo. Ante todo, tuvo dos grandes pasiones estéticas: su indoamericanismo (que no estaba reñido, antes bien, se complementaba con su hispanismo) y su amor a Cristo y a su religión. Lentamente fue descubriendo Darío su destino profético; lentamente depuró su estilo, y al llegar a su otoño, fue, ya no el poeta "universalista", sino el poeta universal, puesto que "por encima de viejos y nuevos preceptos, de innovaciones de escuela y aventuras del verso y de la imagen, lo que importa ya tan solo es la creación poética pura, la poesía desnuda en su raíz humana", como dice el ya citado Julio Icaza Tigerino.

Es indudable que América Hispana empieza a "ser algo" literariamente para España y que Centroamérica irrumpe geográficamente en la Península, a raíz de la llegada de Darío a España y a medida que su fama se fue dilatando. El nicaragüense, venido de un diminuto país que muchos ignoraban y otros olvidaban, hizo "volver la cabeza" a la Madre Patria, y esta vio admirada y complacida cómo uno de sus hijos le pagaba en verbo admirable y nuevo la herencia que había recibido en buena hora de su prodigalidad. Fue entonces cuando comenzó un verdadero sistema de vasos comunicantes entre España y sus antiguas colonias por medio del cual aquella envía sus corrientes espirituales y estas las devuelven remozadas por su sangre joven y ardiente.

— V —

Sintomático de la desconfianza que en un principio tuvieron los escritores españoles hacia el verso de Darío, son algunas palabras de Unamuno; ya me había referido al comienzo de este escrito al tardío arrepentimiento del gran filósofo de Salamanca. Sin embargo, este dijo en alguna ocasión que no le convencían las "caramilladas artificiosas" del nicaragüense, y agregó: "Yo no lo culpo de lo que los otros le culpan, pero sus versos me parecen terriblemente prosaicos en el fondo, sin pasión ni calor, puras virtuosidades y tecniquerías. Escribe, además, cosas imposibles por la manía de la rima". Pese a lo cual Rubén sentía un profundo respeto por don Miguel e hizo los mejores elogios sobre la poesía de este; Unamuno dijo años más tarde: "Cuando publiqué mi primer libro de poesías, lo mejor sin duda, lo más cordial que sobre ellas se dijo, fue lo que dijo Rubén en un artículo... No lo olvidaré nunca". Mas estas palabras fueron —como las que cité al principio— también pronunciadas cuando ya Rubén había muerto. En vida del gran innovador, Unamuno llegó a decir que a aquel "se le veían las plumas del indio debajo del sombrero". Ante insulto tan procaz, que hería a su América, Darío le escribió un poco olímpicamente al ensoberbecido bilbaíno: "Ante todo, para una alusión. Es con una pluma, que me quito debajo del sombrero, con la que escribo". Y a continuación habla de otras cosas, liquidando con esas escasas palabras el incidente, que en otros habría motivado un reto a duelo, y esas cosas que dice Rubén a don Miguel trascienden admiración ("usted es una de las fuerzas mentales que existen hoy, no en España, sino en el mundo"...; usted es un espíritu director").

La actitud intransigente del autor de *Sentimiento trágico de la vida* fue —a la larga— más bien una postura de terquedad y de ceguera estilística, por cierto muy extraña en Unamuno, sabio y profundo escritor. Y en ella quedó finalmente solo, pues Rubén fue amigo cordial —y a veces de bohemia— de los otros de la generación “del 98”: Valle-Inclán (a quien llamara en un famoso poema “de las barbas de chivo”), Juan Ramón Jiménez (cuya finura lírica descubrió el nicaragüense prontamente), Benavente, Baroja, los hermanos Machado.

Como una respuesta a la hiriente frase de Unamuno, podrían citarse aquellos versos en que Darío alude a la conquista de España en nuestras tierras, y a la imborrable aportación que les dio su sangre:

*“Cuando en vientres de América cayó semilla  
de la raza de hierro, que fue de España,  
mezcló su fuerza heroica la gran Castilla  
con la fuerza del indio de la montaña”.*

Y para hacer pública la indestructible unión de la Madre Patria y de sus antiguas colonias, exclama desde Irún —antes de entrar a Francia, y en respuesta al ¡Viva España!, del rey Oscar, de Suecia:

*“Mientras el mundo aliente, mientras la esfera gire,  
mientras la onda cordial aliente un sueño,  
un buscado imposible, una imposible hazaña,  
una América oculta que hallar, ¡vivirá España!”*

Darío tuvo la fortuna de vivir en el mismo hotel que don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien admiraba profundamente como al pontífice literario que era en su tiempo, y alguna vez describió su cuarto del “Hotel de las cuatro naciones” —calle de Arenal— diciendo que estaba “lleno de tal manera, lleno de libros y papeles, que no se comprende cómo allí se podría caminar; las sábanas estaban manchadas de tinta, y los papeles —de grandes pliegos— estaban llenos de cosas sabias...”

## — VI —

El autor de *Los motivos del lobo* se describió de la siguiente manera:

*“Yo soy un semicentauro, de semblante avieso y duro,  
que remedo a Minotauro y me copio de Epicuro.  
A mi frente agobia un lauro que predice mi futuro,  
y en la vida soy un Tauro que derriba fuerte muro.  
Yo le canto a Proserpina, la que quema corazones  
en su pálida piscina. Soy Satán y soy un Cristo  
que agonizo entre ladrones. ¡No comprendo dónde existo!”*

Versos de extraño ritmo y de consonancia reiteradamente repetida, que retratan al hombre vario y caprichoso que era Darío, mezcla de europeo, de indio y de español, de quien dijo Amado Nervo que era “un niño nervioso”.

Nada retrata tan limpiamente el entusiasmo de nuestro poeta hacia España como estos versos que escribió al pisar esa tierra por primera vez:

*“Horas de pesadumbre y de tristeza  
pasé en mi soledad. Pero Cervantes  
es buen amigo. Endulza mis instantes  
ásperos, y reposa mi cabeza.  
El es la vida y la naturaleza,  
regala un yelmo de oros y diamantes  
a mis sueños errantes.  
Es para mí, suspira, ríe y reza.  
Cristiano y amoroso caballero  
parla como un arroyo cristalino.  
¡Así le admiro y quiero  
viendo cómo el destino  
hace que regocije al mundo entero  
la tristeza inmortal de ser divino!”*

Y ya desde su llegada empezó a alborotar el ambiente el inquieto lirida hispanoamericano. A un redactor de la *Ilustración Española y Americana* le dice: “Entiéndase que nadie ama con más entusiasmo que yo nuestra lengua, y que soy enemigo de los que corrompen el idioma; pero desearía para nuestra literatura un renacimiento que tuviera por base el clasicismo puro y marmóreo en la forma, y con pensamientos nuevos; lo de Chénier, llevado a mayor altura; arte, arte y arte”.

¿Cumplió Rubén Darío esta consigna? Naturalmente sí. Su verso encendido, pujante y arrebatado, siempre iba envuelto en el más puro idioma. No fue él, como temían algunos, el iconoclasta que llegaba a derrumbar los principios del idioma. Por el contrario, el nicaragüense siempre amó y ensalzó la lengua que nos legó España; recordemos aquellos versos en que Darío se lamentaba de la peligrosa preponderancia del inglés, y exclamaba:

*“¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?  
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?...”*

A pesar de su vida borrascosa y bohemia, Darío era un cristiano puro y un católico convencido. Al final de su vida, especialmente, volvió al seno de la Iglesia definitivamente, y pudo decir:

*“Ver florecer de eterna luz mi anhelo  
y oír como un Pitágoras cristiano  
la música teológica del cielo...”*

Y en *Canto de vida y esperanza* describe sus errores pasados con estas palabras:

*“Pero sin freno se lanzó mi instinto;  
mi juventud montó potro sin freno.  
Iba embriagada y con puñal al cinto:  
¡si no cayó, fue porque Dios es bueno!...”*



Y ya como un reconocimiento total del triunfo del espíritu sobre la materia y sobre las veleidades de la carne, exclama en algún poema:

*“La virtud está en ser tranquilo y fuerte;  
con el fuego interior, todo se abrasa;  
se triunfa del rencor y de la muerte  
¡y hacia Belén la caravana pasa!...”*

Después de 40 años, la obra de Rubén Darío está intacta. Las legiones implacables del tiempo no han logrado derribarla. El polvo de las nuevas modas literarias y el de dos grandes guerras no la ha cubierto del todo. Han irrumpido otros “ismos”, otros son los acentos que acaparan el éxito del instante. Mas no ha surgido en lengua española el “Mesías”, al estilo de Darío: Su calidad de renovador no ha tenido par en este siglo. Y al contrario de lo que sucede con casi todas las revoluciones, que alborotan y destruyen en su momento, mas no resisten el ácido del tiempo, la revolución estilística y formal de nuestro poeta sigue en pie, si no enteramente vigente, sí implícita en todas las corrientes que luego surgieron, al amparo del vigoroso impulso revitalizador de Darío.

No podría cerrar este breve recuento de la vida y la obra del poeta sin estampar unos versos que fueron como el definitivo reconocimiento de la Madre Patria, hacia las excelsitudes del insigne hijo americano. España habló por boca de Antonio Machado y dijo el orgullo de sentirse partícipe de la gloria y el genio de quien era tan americano como español:

*“Si era todo en tu verso la armonía del mundo,  
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?  
Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,  
corazón asombrado de la música astral,  
¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno,  
y con las nuevas rosas triunfante volverás?  
¿Te han herido buscando la soñada Florida,  
la fuente de la eterna juventud, capitán?  
Que en esta lengua madre la clara historia quede;  
corazones de todas las Españas, llorad.  
Rubén Darío ha muerto en sus tierras de Oro,  
esta nueva nos vino atravesando el mar.  
Pongamos, españoles, en un severo mármol,  
su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:  
¡Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,  
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan!”*